

A/N: Una vez le sugerí a una joven católica que controlara su ira. La conocía desde hacía algunos años y habíamos conversado, así que le pregunté si podía compartir una observación, aunque reconocí que podría estar equivocada. Le dije que a menudo veía severidad en su rostro y que, si tenía problemas para controlar su ira, debía intentar resistirla, ya que afectaría su relación con Dios. Lo tomó muy bien, pero, por lo que sé, se distanció de Él.

- Quiero aclarar que, cuando hablo sobre la ira, lo hago desde mi propia experiencia: de niño, podía enojarme mucho. Si alguien me lastimaba, no podía olvidarlo. Si me equivocaba, no lo admitía. A veces, quería seguir enojado incluso cuando la gente intentaba hacerme entrar en razón. Incluso ahora, puedo sentir la tentación de quedarme frustrado. Todo esto me aleja de Dios.

S: El contexto del Evangelio de hoy es que Jesús había sido rechazado por muchos. Había ido a las ciudades de Corazín, Betsaida y Cafarnaúm, donde realizó muchas curaciones y milagros, pero la gente ignoró su amor. El texto dice: “Comenzó a reprender a las ciudades donde había realizado la mayoría de sus milagros, porque no se arrepentían” (Mateo 11:20). Pero luego cambia de enfoque hacia quienes sí respondieron: “En aquel tiempo, Jesús dijo: ‘Te doy gracias, Padre... porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los sencillos; sí, Padre, porque así te ha parecido bien’” (11:25). Él agradece al Padre porque algunos sí lo aman, es decir, aquellos que confían en él, como los hijos confían en sus padres.

- ¿Por qué Dios Padre *oculta* cosas a los sabios y a los inteligentes, es decir, a los orgullosos? Una razón es para que seamos sinceros en nuestro intento de conocerlo. Uno de mis profesores de filosofía, al

saber que no estudiábamos, no respondía a nuestras preguntas, porque quería que fuéramos sinceros en nuestro deseo de *aprender* de verdad.

- Déjenme contarles una historia divertida. Cuando estaba en Roma, tuve que posponer un examen de julio a septiembre porque me enfermé. Durante las vacaciones de verano, no estudié nada. De hecho, empecé a estudiar en el vuelo de regreso, con el examen al día siguiente. El profesor nos dio 20 preguntas para preparar, y era un examen oral de 10 minutos donde uno elegía una pregunta y él la otra; ¡era como jugar a la lotería! Así que esta fue mi estrategia: cuando entré, me preguntó qué pregunta había elegido y escogí la segunda que mejor se me daba, la número 12, con la esperanza de que eso lo obligara a elegir de otro grupo de preguntas donde la número cinco era la que mejor se me daba. Cuando terminé mi pregunta, me dijo: “Allora, facciamo numero cinque”, que significa “Hagamos el número cinco”. No recuerdo nada de ese curso porque no era sincero en mi intención de dominar la materia. De la misma manera, Dios nos ocultará cosas espirituales si no somos sinceros en nuestro deseo de conocerlo.
  - Pero hay una razón más profunda. Cuando somos orgullosos, nos cuesta conocer a Dios porque Él es humilde. Es como conocer a alguien que siempre está alegre y pensar: «No lo entiendo». Esto nos lleva de nuevo a la ira. Si estamos enojados injustamente, resentidos por aspectos de nuestra vida, nos cuesta conocer a Dios porque somos muy diferentes a Él. Se nos oculta. Él quiere que lo *conozcamos* porque es nuestro Padre, pero nosotros se lo impedimos.

Jesús continúa: “Nadie conoce al Hijo [Jesús] sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo” (11:27). Dios Padre y Jesús son uno, aunque distintos; solo Ellos se conocen plenamente. Para que podamos conocer a Dios Padre, debemos ser hermanos y hermanas de Jesús; caminamos por Él. Cuando dice «quiera revelarlo», no quiere decir que elige a algunos y no a otros. Lo que quiere decir es que conocer al Padre es un don; no podemos decir: “Me lo merezco”. Lo único que podemos hacer es pedir ese don como lo hacen los hijos espirituales.

- Una vez le pregunté a un feligrés llamado James Chau si había visto enojo en su rostro años atrás, pero esta vez me equivoqué. No era enojo; estaba pasando por un momento difícil en su carrera y eso lo llevó a mostrarse serio. Venía a misa pensando solo en dónde comer después. Me dijo: “Yo estaba en el segundo esquema”: Jesús era parte de su vida, pero no el centro. Pero entonces Dios captó su atención y respondió: se inscribió en estudios de fe y, si Dios quiere, será ordenado diácono en dos años. Su semblante serio se ha transformado también en una expresión de alegría constante.

A: Esto nos lleva a la promesa de Jesús: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Lleven mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera” (11:28-30). Conocer a Dios como nuestro Padre, quien cuida de nosotros, quien saca bien del mal, es el verdadero descanso. Jesús no promete que la vida será más fácil cuando lo sigamos. Seamos claros: todos sufrimos y Jesús sufrió. Si le pedimos que esté en el centro de nuestras vidas, la vida puede

volverse más difícil, pero será mejor. Por ejemplo, tendremos que dejar ir nuestra ira injusta y perdonar a los demás; eso es difícil al principio, pero es mejor, porque, cuando no perdonamos, nos hacemos daño a nosotros mismos. Significará que tendremos que admitir cuando nos equivocamos, pero ser orgulloso es agotador; confesar nuestros pecados es liberador. Permanecer frustrado es un yugo pesado. Necesito dejarlo y tomar el yugo de Jesús.

- Hoy realizamos nuestra encuesta de adoración de mitad de año. Si lo desean, pueden tomar estas tarjetas y responder a la pregunta: “Sí, me comprometo a dedicar al menos 15 minutos de adoración cada semana a partir del 1 de enero”. Si su respuesta es sí, marquen la casilla, escriban su nombre y depositen la tarjeta en la cesta de la colecta.

¡Gracias!

V: Todos llevamos algún yugo. Podemos elegir. Comprometerse a la adoración de por vida es un yugo fácil: a veces será difícil mantenerlo, pero siempre trae descanso a nuestras almas. Así pues, o llevamos el yugo de la ira, el resentimiento y el orgullo, que nos impide acercarnos a Dios, o llevamos el yugo de la sinceridad y la humildad de Jesús, que nos lleva a conocer al Padre.